

CHAU CALANDRIA*

Era del 28, le decían "Calandria" y llevaba muchos años bregando en el duro trabajo del puerto cuando murió, silencioso, sufrido como suelen morir las cosas, después de haber probado su fama de baqueano en un sitio donde no es fácil probarse. Su historia se cuenta así:

Juan y Pedro Costanzo son hermanos y se aprecian, pero a Calandria lo contemplan y lo quieren (por eso velan su sueño), con la ternura reticente y esquiva que es el modo de los orilleros. Vecinos, en su largo deambular por la ribera, de la isla Santa Cándida, del Colastiné, del viejo Chircal, del barrio Candioti ahora, pero siempre de las orillas, son gente de la costa, inseparable de las islas y los ríos. Calandria no. Él es forastero y ha venido de muy lejos, hace muchos años, joven y flamante por así decirlo, con la pinta de haber nacido para no acabarse nunca. De su patria, muy al norte, ha viajado a Buenos Aires en un barco de carga, y de Buenos Aires a Santa Fe a patita, rodando por la tierra de un estrecho camino; al puerto de Santa Fe, a cargarse bolsas de cereales –las bolsas de ciento veinte kilos de una época, que era como cargar el mundo en el lomo-, más que los estibadores formados y curtidos en el yugo de las Compañías, porque Calandria era robusto entonces y hecho a duras ocupaciones.

Ahí en el mismo puerto, cruzados de Alto Verde con su canoa panzona y su carga de pescados aceitosos y brillantes de luna, lo habían visto los Costanzo. Él estaba en el muelle del dique uno, detenido a la sombra de una grúa, recio e impecable, entregado ya a su destino de servir, distinto e inconfundible entre las chatas, los percherones y el cordaje de los barcos. Los Costanzo se pararon a mirarlo, coleando sus pescados en las sogas, admirados y pensando que él los esperaba (tanto habían hablado ya de eso, de los tipos de su especie – libres y errabundos en su mecánica como los pájaros). El patrón se los presentó, el gordo del chambergo negro.

Hablaron largo y despaciosamente en el parapeto del dique, junto a la grúa que estaba descargando a *El Paraguayo*; luego se fueron los cuatro al *Sea Man's Bar* y allí continuaron hablando, poco, despacio, estudiándose las intenciones frente al porrón de ginebra.

Se habían encontrado a la mañana y era ya de noche en la plaza de las Ondinas cuando el gordo se despidió y se fue. Pero él se quedó con los Costanzo, como si los hubiera elegido

o preferido a su patrón, y allí lo festejaron con un envite de copas que duró hasta la madrugada.

Al salir del *Sea Man's Bar* él los estaba esperando, empañado por el rocío del amanecer, agrisado por la fuga de las sombras, y una calandria cantó en lo alto del follaje. Tanto les gustó ese canto en la luz de la mañana, tan contentos estaban de tenerlo allí con ellos, y tan preparado él para el ancho espacio, que el nombre surgió espontáneamente y lo llamaron Calandria.

Desde entonces se los vio siempre juntos, amigos, "compadres", trajinando bajo la lluvia y los soles del verano, y el frío y la niebla en los caminos velados del otoño, junto a las estibas y los barcos, cerca o lejos de la zona por años y más años, amparados, sostenidos por la inextinguible fuerza de Calandria.

No dejaron nunca, sin embargo, de ser pobres, desinteresados o inhábiles en el trato de sus compromisos, ajenos a esa trama de horarios y regateos que mandaba en el puerto, y aún fuera de los muelles, en la zona de comercios, cuchitriles y grandes Compañías donde el tiempo se metalizaba o se escurría como la ceniza entre los dedos, cándidamente confiados –se diría- en el asombro mecánico de Calandria, en la agilidad que todo lo resolvía trabajando por ellos dos, permitiéndoles vivir en su tiempo de orilleros, en el secreto de sus razones.

No se casaron los Costanzo, leales a un amor que habían compartido y perdido allá en el Colastiné, a esa nueva y cerrada hermandad de hombres, y envejecieron solos, secos de ánimo y de trato, huraños de isla y de horizontes vacíos, aún entre la gente; tenaces y seguros de ser lo que eran y de valer lo que valían, los tres juntos, trío lastimoso al final de su aventura y acaso sin saberlo, con su caravana de remiendos y de achaques –las toses de Calandria, su respiración entrecortada, ese andar como rengueando en el óxido de sus articulaciones-, desplazados hacía tiempo (lo mismo que los carros y la muchedumbre de piel oscura que le decía "gauchito"), por otros forasteros semejantes a él y hasta mejores que él, si cabe, arribados con la inmigración a la ciudad crecida y chirriante; sin atreverse ellos dos, Juan y Pedro Costanzo -"Los apóstoles" de una antigua vida de boliche arraigada en la memoria de un albardón-, a confesarse la final nostalgia de la isla que flotaba en la ausencia de sus ojos como un humo anochecido, esperando en el fondo de sus voces que Calandria decidiera dónde los hallaría la muerte, la callada, la sigilosa muerte, el momento de la despedida que la común vejez anunciaba sin error y sin tregua.

Calandria decidió. De los tres fue el primero en negarse a andar. Fue la suya una negativa rotunda y definitiva. Un decir basta después de tantos remedos de muerte que ellos atendieron y curaron con purgas, sinapismos, parches adhesivos y hasta alguna prótesis que la ocasión mandaba. Juan y Pedro Costanzo, habituados ya a sus ronquidos y temblores, no lo quisieron creer. Y se quedaron junto al amigo quieto, remendado y emparchado como ellos, inútil al final de su carrera, sin un resto de memoria que llamara desde su fondo mohoso.

Hicieron un armazón de palos, lo cubrieron con una lona y en esa especie de choza aguardaron unos días.

- *¿Qué podemos hacer con él?* -dijo una vez Pedro Costanzo.

- *Pues nada* –le dijo Juan moviendo la cabeza-, *creo que se ha muerto.*

La ciudad corre zumbando por Alem y el puerto zumba en la cavidad profunda de sus barcos, mientras ellos dos, sentados en la tierra frente a un fuego de ramas secas, traman sus recuerdos en el hosco silencio, encima de *El Chircal*, sepultados entre la maleza como el antiguo barrio en la arcilla endurecida.

Esa mañana y como despertando de un sopor espeso, Pedro Costanzo empieza a recoger sus cosas sin decir palabra, solo con su impulso de marcharse.

- *¿Entonces ya nos vamos?* -dice Juan, sorprendido en los remansos de su memoria.

Pedro asiente. Juan se queda mirando el suelo, pensativo, tembloroso de recuerdos frente al único llamado audible que es el de las islas.

Después, sin ninguna respuesta que lo detenga, Juan Costanzo recoge su ropa, la pava tiznada, la olla de cobre y, sin darse vuelta, cabizbajo y silencioso en el arrastre de sus alpargatas, se aleja del lugar.

Es una mañana de sol amarillo y brumoso. Pedro Costanzo se queda parado frente al cadáver de Calandria, un muerto desbaratado y decrepito, atado aquí y allá con pedazos de alambre, rellenas sus vísceras con una estopa rancia, embreada su piel granulosa, todo con una dignidad callada y polvorienta. Roza con sus duras manos el guardabarro podrido, la puerta desgonzada del fordcito, la chapa manchada de herrumbre.

Después, retrocede unos pasos. Se detiene, junta los pies y, empeñosamente erguido, levanta la cabeza. Quitándose el sombrero, carraspeando para aflojar el impedimento de su voz ahogada por un grueso nudo, dice simplemente:

- *Chau, Calandria...*

Y sus palabras aletean en el aire de abril como dos mariposas negras.

** Relato perteneciente al libro "Cuentos del Sol y del Río".*

José Luis Vittori. Santa Fe. 1976

